

En esto, en medio a la corriente fría,
 Lejano todavía,
 Informe bulto vieron
 Que hacia los dos venía:
 Cuando más cerca estuvo,
 Ambos que era un cadáver conocieron.
 Rozándose al pasar con el follaje
 De las cañas acuátiles, el cuerpo,
 Por el agua al remanso conducido,
 Junto a la peña en que los dos estaban
 Llega, y allí permaneció tendido.
 Atónitos mirándose
 Ellos, hablar no osaban,
 Que en el vestido que deslució el cieno,
 En la nervuda mano
 A desgajada rama asida en vano,
 En el cabello con que la onda juega,
 En las sangrientas lívidas facciones
 Del tímido semblante,
 Vestido y mano y cabellera y rostro
 De un hombre aborrecido
 Luego reconocieron.
 ¡Álvarez a sus pies yace tendido!!

Tal vez anoche entre la sombra espesa
 Él, en sus pensamientos engolfado,
 Encaminóse al río
 Y fué por la creciente arrebatado.
 Su caballo, animal de noble brío,
 Logró salir a nado.

Detenido el cadáver en las ramas
 De algún árbol quizá, seguir no pudo
 El curso de la rápida corriente,
 Hasta que el agua su caudal minora
 Y en sus ondas le trajo indiferente.

Carlos, a su pesar, se estremecía
 Contemplando el semblante amoratado
 Del cadáver. En esto ver creía
 La permisión del cielo,
 Que jamás deja el crimen sin castigo.
 Sabia lección él mismo recibía,
 Pues yendo allí a matar a su enemigo,
 Encontrábase muerto,
 A todos dando testimonio cierto
 De que no siempre Dios al hombre vano
 La ejecución de sus decretos fía:
 Si el ofendido a castigar se lanza
 (Su razón, ya despierta, le decía)
 No es justicia su acción, sino venganza.

X

Las ilusiones y esperanzas mueren como el heno de los campos.—No
 debemos pedir al mundo sino lo que puede darnos.—Único y verda-
 dero refugio del hombre.

CARTA DE CARLOS, ESCRITA DOS AÑOS DESPUÉS DE LOS SUCESOS.

Los versos he leído en que refieres
 Mi dolorosa historia. ¿Por qué el tiempo
 No consigue extinguir nuestros pesares?

La inagotable hiel de los recuerdos
 Por qué en mi pobre corazón derramas,
 Lo pasado a mis ojos exponiendo?
 Pero jamás tu pluma lograría
 Por más que redoblaras tus esfuerzos,
 Retratar la belleza de Diana,
 Ni su virtud, ni de mi amor el fuego!

¿Por qué no vienes a abrazarme, amigo?
 ¡De lo que fuí me hallaras cuán diverso!
 Ya no soy aquél joven entusiasta
 Sobre la tierra soñador perpetuo.
 Hombre soy, y sin bienes de fortuna,
 Sólo de mi trabajo me sustento:
 Con el sudor de mi quemado rostro
 La tierra, mientras luce el día, riego,
 Y durante la noche en pobre cama
 Cierra mis ojos apacible sueño.—
 Sólo el trabajo, de virtudes germen,
 Sobre nuestros recuerdos echa un velo,
 Enfrena aquesta loca fantasía,
 Embota del dolor el crudo acero.
 El amor, los solícitos cuidados
 De la familia aquí suelo echar menos:
 Cuando llego a mi alcoba solitaria
 De trabajar cansado y no hallo un pecho
 En que pueda mi frente reclinarse,
 Ni halaga mis oídos grato acento,
 La tristeza del alma se apodera;
 Mas tal es mi destino, ¡yo le acepto!

Son del otoño los primeros días,
 Y cuando veo un cielo ceniciento
 Y la tierra cubierta con las hojas
 Que, una tras otra, al árbol quita el cierzo,
 Mi corazón se oprime: a la memoria
 Se presentan los días turbulentos
 De mi vida infeliz. Rosa, Diana,
 Tendida la primera en blanco féretro
 Tal vez por culpa mía...! la segunda,
 De su familia por mi culpa lejos,
 Orando allá en el claustro solitario,
 Puestos sus claros ojos en el cielo,
 Mientras dura el silencio de la noche
 Suelen venir a visitarme en sueños.

¡Oh! nunca, al ver que un semejante tuyo
 Abriga incauto inútiles deseos
 Contemplando al través de un falso prisma
 La sociedad, le niegues tus consejos.
 ¿A qué, dime, correr tras una sombra?
 Diana un ángel fué que lo perfecto,
 Lo sublime, buscaba acá en la tierra:
 Iguales a sus propios sentimientos
 Creyó los de los hombres. Cuando vino
 El desengaño a herir su casto pecho,
 No tuvo en cuenta la flaqueza humana,
 No perdonó a los hombres sus defectos:
 No pensó que si un alma los anima
 De la luz inmortal rico destello,
 Envuelta vive en deleznable cárcel

Que la mano de Dios formó de cieno.
 Al verse así burlada en sus creencias,
 Hacia el mundo sintió mortal desprecio;
 Rompió los dulces lazos de familia,
 Rompió su mismo corazón, y haciendo
 Infelices a muchos, su mirada
 Para siempre jamás clavó en el cielo!

Allá también mis ojos se dirigen,
 Amigo mío, sí... ¿Cómo el viajero
 Que caminó durante muchos años,
 Sin abrigo, por áspero desierto,
 A la sombra del árbol que descubre
 No ha de querer gozar descanso eterno?



LA CUESTA DEL MUERTO